

EL GENERAL SHERIDAN

¡FELIPÍN!

Sus primeros años.—Aventuras de colegial.—Con los indios.—En la gran guerra.—Asalto de una montaña.—Mando en jefe.—La caballería antes y después de Sheridan.—La carrera del caballo Rienzi.—De la derrota a la victoria.—La campaña del Shenandoah.—Carácter de Sheridan.—El militar en la República.

Nueva York, agosto 18 de 1888.

Señor Director de *La Nación*:

Ha muerto Sheridan. La cabeza redonda, pelada al rape, pesa sobre el cojín, como una bala de cañón: la mujer, de rodillas, lo ase en vano del hombro que ya no cargará más que una vez, en la ceremonia funeral, la hombrera de oro: allá, dentro del pecho gigantesco, las válvulas de la aorta y de la arteria pulmonar barbullen, como el vapor que busca puerta, y al fin callan: la esposa rueda sin sentido a los pies de la cama en que acaba de morir el que a los quince años ganaba dos pesos al mes midiendo cintas en la tienda de su pueblo y a los treinta y tres era general de caballería a la derecha de Grant, azote del ejército épico del Sur. No pensaba al morir en la tarde en que, monte arriba, cargó contra los confederados, seguros en las rocas de Missionary Ridge, y los echó, casi riendo, de su nido de águilas: no pensaba en la batalla de Stone River, cuando resistió con su izquierda al empuje de los rebeldes, orgullosos de haber puesto en fuga de una pechada: la derecha y el centro de Rosecrans, perdido en tácticas: no pensaba en su arrogante Rienzi, su retinto de cañas blancas y de larga cola, que en un salto de catorce millas cayó de Winchester, donde se supo la derrota del ejército, en Cedar Creek, donde con el caballo negro apareció la gloria: no pensaba en los días ensangrentados en que en el cielo carmíneo del invierno reflejaba sus últimas luces en los montes de muertos donde azules y grises, roto el fusil y asiéndose la garganta, yacían entre mochilas y cureñas, con los pies en el aire, como las greñas de una loca, o hundidos cabeza abajo, con la nieve al pescuezo: no pensaba en sus fieras correrías por el valle asolado de Shenandoah, sin más luz en el aire frío y turbio que las llamaradas moribundas de los graneros y cortijos, ni más piedad que el meter los sables hasta el puño, ni más yerba que la ceniza. "¡Felipín!... ¡Felipín!..." decían aquellos labios que supieron en vida más de juramentos que de ternuras: y buscaba con la mano la cabeza de su hijo de siete años: "¿Me conoces? ¿me conoces?...", le preguntaba su mujer hermosa, hija de militares, solicitando con los ojos locos aquella mirada desvanecida: "¡Felipín! ... ¡Felipín! ..." Y buscaba con la mano la cabecita rubia.

Ayer aún regía el ejército, con el grado sumo de general, que sólo Washington, Grant y Sherman han tenido antes,—aquel hombre de cuerpo singular, coloso del cinto arriba y del cinto abajo enano, que en la guerra ganó fama de héroe por el ímpetu y brillo de sus ataques, y con su respeto a la República supo luego en la paz conservarla. Ayer aún lo saludaban al pasar los vítores entrañables de los soldados a quienes en los días de la guerra ayudó a sacar del fango los carros atascados, con la misma mano que de un latigazo echaba al recluta despavorido sobre las filas: las mujeres dejaban caer sus ramos de flores, en la fiesta con que Filadelfia celebró el centenario de la Constitución, al paso de su caudillo favorito: los niños, que leen en sus libros de escuela el cuento maravilloso de la carrera de Rienzi, entorpecían con banderas y coronas el andar de su caballo favorito: allá iba, cargado de honores, el creador de la caballería, el enemigo de verter sangre inútil, el verdadero vencedor de Lee, el jinete pintoresco, el general romántico. Pero aquella cabeza no se inclinó para dar gracias, ni el caballo caracoleó, ni abatió la espada, sino al pasar junto al estrado del Presidente de la República: ¡traidor es el que recibe homenajes para sí, frente al que en su persona lleva encarnada la patria: te defendí ¡oh patria! en la hora de la necesidad; pero no te perturbaré en la hora de la paz con mi ambición porque me diste vida para defenderte, y ocasión para ganar gloria, ¿haré yo de mi valor ¡oh patria! un látigo, y de ti haré mi caballo?—Así no habló Sheridan, que no era hombre de palabras finas; pero obró así, que es mucho mejor que hablar. Y cuando vino de saludar al Presidente, pareció como que venía de otra victoria.

Y hombre más militar jamás lo hubo, ni más resuelto en los combates, ni más amigo de las cosas de la milicia, con aquel tanto de desdén del militar por quienes no han puesto como él el pecho ante la muerte. El peligro es como una investidura: tienen como majestad los que se han visto en riesgo de morir: la hermandad de los que han afrontado el peligro, anuncia que en la muerte están de veras la concordia y reposo que en la existencia se anhelan en vano: de todos los camaradas los más amigos son los conmlitones, que se celan y aborrecen cuando disputan entre sí un premio apetecido, pero se ligan tácitamente, con una lealtad rayana a veces en crimen, en cuanto el país amenazado por su preponderancia se dispone a poner coto a los que quieren volver contra él la gloria y privilegios que le deben. ¡Pelear es una cosa, y gobernar otra! Subordínese, decía Sheridan, el empleo militar, que es el agente de la ley, al gobierno civil, que es la ley. La guerra no inhabilita para el gobierno; pero tampoco es la escuela propia del arte de gobernar. Yo sé aterrar de un temo a un escuadrón, y de una galopada entusiasmar a un ejército; pero de los elementos nacionales, de la mezcla sutil y lenta de las razas, de los celos y arterías que suscitan a los pueblos nuevos sus rivales, de las leyes de hacienda y de la gestación social, de los problemas de la industria y los caminos del comercio, ¿qué sé yo? ¡Yo no he leído nada de eso en mi sable! "Muchachos, con el brazo alzado digo que desea mi mal el que me quiere sacar de mi gloria tranquila para llevarme a dar tumbos de acróbata en la Presidencia de la República: ¡por la ley y por la paz, muchachos!"

Lo de acometedor se le veía en los ojos vehementes, y en la cabeza que parecía testuz.

El cuerpo se le iba del lado de la brida. Las piernas eran dos hilos, y sustentaban con dificultad el torso enorme. De hombro a hombro había una carrera de caballo, y del pecho a la espalda cabía un héroe. Del torso, como del carapacho de una tortuga, salía la cabeza esférica, movable e impaciente, como buscando por dónde arremeter. Dicen que en batalla era hermoso verlo, cuando tenía el pelo negro y no pesaba más de ciento treinta libras, correr de uno a otro grupo tendido sobre el cuello del caballo, chasqueando el látigo de cabo de marfil, redimiendo con la gloria de los ojos lo corto de las piernas:—"¡A ellos, muchachos, a ellos, hasta que les gastemos las botas!" "¡Vuelvan la cara, bribones, vuelvan la cara!" "¡Muchachos: aquellas tiendas son nuestras: hemos de dormir en ellas esta noche!" Y aquella menudencia de hombre iba y venía como una llama de un escuadrón a otro, volvía a todo galope a la altura donde era hábito suyo presidir el combate, y cuando con su ojo redondo veía de lejos un peligro inesperado, o un encuentro muy recio, de un espolazo caía en medio de la brega, y con el ejemplo de su bravura renovaba la de sus soldados. ¡A pelear hemos venido, y la guerra es del que pelea! ¡Atacar, atacar. ¡no hay más que atacar para vencer! ¡Retirarse, bueno, cuando ya no tengan fuerza los dientes para sujetar el sable! Y, como los salvajes, los soldados rompían en vítores, al ver chispear por entre el humo sus hombreras de oro.

De nacimiento vino peleador, como de padres irlandeses, que son cepa bravía; pero no era de esos gandules que se crían el brazo para que les alaben la robustez, sino de los bravos de verdad, que aguardan a tener razón para vencer con la fuerza de ella. ¿Tiene cinco años y se le resiste un potro cerrero? ¡pues a gatas lo monta, y echa a andar con él, sin bocado ni silla!: ¿son muy pobres sus padres y ya le han dado la educación que podían, leer y escribir, en la escuela del lugar? ¡pues, por peso y medio al mes se acomodará de mozo de limpieza en una tienda, y el Sol al salir lo verá barre que barre todas las mañanas! Todos hablan de "Felipín", de aquel industrioso Felipín que en nada se maravilla, ni parece que guste mucho de libros, pero da señas de hombre, ágil en sus quehaceres, cauto antes de soltar el puño, tremendo cuando lo suelta.

Toca al distrito nombrar cadete para una vacante del colegio de West Point, y el diputado, que era hombre de la llaneza, no propuso a hijos de rico, sino a Felipín. En lecciones, mal; en conducta, peor; en táctica, bueno; en genio, cuando un sargento de su clase lo reprende en filas, se va encima de él con la bayoneta calada: rompen líneas, echa el fusil en tierra, y la emprende a puñetazos con el sargento, que le lleva dos cabezas. Después de un año de castigo sale teniente entre cincuenta y tres con número treinta y cuatro; y lo envían a los Estados nuevos, al trato de los rufianes de la frontera, a la guerra con los indios. Lleva dotes felices: mide de un ojeo el campo en que ha de combatir: todo lo toma en cuenta, la vereda, el arroyo, el peñasco, el breñal, el tronco de árbol, si es de arena el suelo, si es de tierra húmeda: olfatea a los "coquillos" y

"yokimas": duerme de bota puesta, pronto siempre a rechazar al salvaje. Aprende a forrajear, a acampar, a retirarse en orden, a marchar de prisa sin fatigar las cabalgaduras, a informarse, a asomar cuando no se le espera, a nochejar en la silla:—El indio es como los ríos, que suelen correr por debajo de la tierra: se hundió allá atrás al pie de un olmo, ¡y surge, untado de bija fresca y con su cresta de plumas, entre los cascos del caballo: aprende el vuelo del indio, que lo aprende del águila. Y cuando el Sur arrogante provoca a guerra al Norte mercader, allí estaba, piafando como su caballo, el que a rienda tendida había de acorrallar sobre Appomattox al Sur cadavérico, sin más oro que el de la espada de Lee, sin más caballos que los que ya habían aprendido a huir, sin más trigo que el que les había llevado de sus graneros el enemigo. Jamás fue tan bello el Sur como cuando se rindió en Appomattox, haraposo, descalzo, vendada la cabeza, la barba ensangrentada, apoyado, para no caerse de hambre, en su caballo macilento. Sheridan deslució su triunfo tratando a los vencidos de Luisiana, no con el arte de paz, que en la guerra mal se aprende, sino a ordenanzas y a gritos. Lo que en el militar es virtud, en el gobernante es defecto. Un pueblo no es un campo de batalla. En la guerra, mandar es echar abajo; en la paz, echar arriba. No se sabe de ningún edificio construido sobre bayonetas.

Fue al principio de la guerra, como aquellas aves mayores que no caen de una vez sobre la presa, sino dan vueltas ponderosas en el aire, como tomando impulso, y luego, abierto el pico y erizadas las garras, se abalanzan de un vuelo a la víctima, como una saeta. El que de una batalla se aseguraba las estrellas de coronel y al mes era brigadier y a la otra arremetida mayor general, se contentaba con salir capitán de esta pendencia. "¡Ira de Dios!" le oían decir, al montar de mala gana, lejos del campo donde tronaban los cañones de Grant, su pobre caballo de teniente. Se despuntó a dentelladas el bigote. ¡Ellos allá, y yo aquí cuidando indios! Y sin la recomendación del general Halleck, que siempre puso el hombro en sus ascensos, allí se habría podrido aquel valor, llenando mochilas y contando raciones, de capitán de *detail* en Michigan. También lo habían hecho juez de reclamos, cuando el Norte trataba aún al Sur con mano cortés, y pagaba a los neutrales lo que hubiesen habido mal las tropas; pero estas aguas blancas y modos de miel no parecían propios al juez para tiempos tales, y por manirruído y áspero de palabras lo sacaron pronto de la silla del juzgado. ¡Él allí, con el sable dormido sobre los brazos del sillón, y allá lejos el asalto de Fort Henry, la toma de Donelson, la carnicería de Shiloh! Por fin le dan el mando de una brigada de caballería: lo apura el contrario: abre sus fuerzas: cierra por retaguardia contra los rebeldes, que ya por el frente lo tenían ahogado: ¡y los que les estaban echando encima los belfos apenas tuvieron tiempo para volver las ancas!

En Stone River no manda sólo caballos, sino el ala izquierda del vacilante Rosecrans. Bragg lo aprieta por la derecha y va echando atrás a punta de rifle a los federales. A oleadas se repliega el centro, picado por Clayborne. Pero Sheridan, con su ojo de trilobites, ve por el frente, por los flancos, por la espalda. Cambia sus líneas. Cierra su cuadro. Vuela de la colina donde manda, a los montones que flaquean. El aire está rojo, por el resplandor y por los temos. ¡Para eso le enseñaron en West Point la táctica de todas las armas!: ¡Donde la infantería desfallece, allá va a sacarla del estrecho la caballería! ¡Carga por retaguardia, contra aquel pelotón que corre a tomarle los cañones! La caballería es eso: lo inesperado. Donde pueda moverse y la sepan tender y replegar a tiempo, la caballería decidirá siempre las batallas... Y en las tres horas de pelea implacable, Rosecrans tuvo tiempo de poner su gente donde trató en vano de desalojarla el enemigo envalentonado:—"¡Esto es, general, todo lo que queda de nosotros!"—"¿Y los tres brigadieres?"—"¡Muertos!".

Por indeciso quitan el mando a Rosecrans. Por sostenido se lo dan a Thomas; Grant es, por fin, nombrado jefe de las tropas que asaltan a Chattanooga, corazón de la guerra. En Chattanooga es la refriega. Los confederados repletos de municiones, coronan el monte: los de Grant, codo en rifle, aguardan la orden de escalar: en el día límpido estallan las descargas como bocanadas de carmín en florones de humo: como chasquidos de látigo baja de la cumbre el fuego graneado de la fusilería. De pronto, ¡allá van los soldados, tragándose peñas! ¡Allá van sin esperar órdenes, una división, otra, otra! ¡Sheridan ve el primero la arremetida que general alguno puede contener: se saca del bolsillo el frasco del whisky: saluda con él al enemigo, que borda la eminencia: bebe el frasco de un trago: mete la espuela a su animal hasta la bota, y a galope va entre hurras, a la cabeza de su gente, y embiste a caballo breña arriba! El ejército acude a reforzar

aquel ataque loco. Bragg ceja. Sheridan va delante de los suyos: parecen más altos, porque caminan sobre muertos: los confederados, roca abajo, huyen: erguido, como de piedra, enfrena su caballo sobre la cumbre más empinada un hombre de piernas cortas y torso gigantesco.

Grant y Sheridan habían tenido antes su enojo, al irse Sheridan contento del cuerpo que Grant mandaba, bien porque le turbasen el corazón aquellas punzadas de la envidia de que por lo flaco de la carne no están libres los caracteres más nobles, bien porque desconociese el valer de Grant, con aquella curiosa ceguera que los hombres eminentes suelen tener para los méritos análogos al suyo. Pero no hay grandeza verdadera sin sencillez y generosidad: y aquellos dos eran de veras grandes. "Sí, sí, lo haré jefe de caballería", dijo Grant en cuanto Halleck le propuso para el puesto a Sheridan. "Ahí le va", escribió Lincoln a Grant, "un hombre de pocas libras; pero es el que necesitamos." La guerra es poética y se nutre de leyendas y asombros. La guerra no es serventesio repulido con ribete de consonante y encaje de acentos. La guerra es oda. Quiere caballos a escape, cabezas desmelenadas, ataques imprevistos, mentiras gloriosas, muertes divinas. Quiere héroes que sepan echar la vida al aire, como el matador echa al brindar el toro, la montera. Quiere asedios increíbles, y montevideanas defensas. La muchedumbre humana es aún servil, y ama al que vence. El alma humana es como una caja de colores que, al sol de la gloria, resplandece. Los cráneos están llenos de colores. El hombre ama lo centelleante y pintoresco.

Dice a las muchedumbres algo grande, sea elocuencia, sea embestida, sea resistencia, sea virtud, sea crimen. Grant aturdió: Sherman pasmaba Sheridan sólo deslumbraba: no hubo más que un vítor cuando Grant lo hizo jefe de la caballería.

¡Y qué meses de angustia! Early, el jinete rebelde, era señor del valle de Shenandoah, y con los cascos de sus caballos echaba todas las mañanas polvo sobre Washington. Las Bolsas vendían a tipo de pánico el oro. Los bancos se cerraban. Cada mañana se creía ver a Early cogiendo flores en el jardín de la Casa Blanca para la mesa de Jefferson Davis. ¿Qué haría Sheridan con aquella caballería flaca y zancuda, policia trasnochada, sin más oficio que el de sereno y centinela, piquete aquí y escuadrón allá, cojeando tras un convoy o vigilando el rancho? "¡Con pencos, ira de Dios, no se puede perseguir águilas!" "¡Ahora voy yo a enseñar lo que se puede hacer con la caballería!" Y es verdad. La caballería es como el gerifalte de la guerra moderna, en caer cuando no se la espera, en venirse con la presa en los dientes, en recogerse cuando lo quiere el cazador. El valor crece a caballo. En el caballo hay gloria. ¡Oh Dios! morir sin haber caído sobre los tiranos con una buena carga de caballería... Sheridan sabe que para que un sable corte bien, hay que templarle la hoja. El general debe organizar primero y pelear después. Rehace su arma: reduce el servicio de piquetes: llama la reserva: ordena la remonta: quema los arreos viejos: hace bruñir la piel de los caballos: las chapas nuevas centellean: las esclavinas alegres flotan sobre los hombros: ¡soldados, vean que los sables tengan filo! Mientras la nación asustada murmura, él reconoce el valle donde va a operar, lo que se tarda en subir esta cuesta, lo que se puede esconder en aquel recodo, los caminos por donde pudiera el rebelde sorprenderlo, la distancia a que se ha de soltar la rienda fresca para chocar con el rebelde exhausto cuando aún no se tenga fatigado el ímpetu.

Y, parado en los estribos de bronce, mide la extensión cubierta por el ejército del Norte y lo ciñe y protege con la fuerza rehecha de caballería: ¡por donde avancen infantes y cañones, allá vayan jinetes con ellos! ¡cuando tengan la infantería los rebeldes al cuello, la caballería se los vendrá a sacar por el cogote!

Y entonces fue aquella carrera frenética del retinto "Rienzi". Sheridan había vencido a Early una vez, y fue a consejo a Washington. Venía a buen paso en el retinto, meditando, entre una y otra visita al frasco, mayores correrías, cuando husmeó de pronto la derrota: "General, ¿qué es?"—"¡Ira de Dios! ¿no lo sienten en el aire? ¡que nos han derrotado!" En Winchester le esperan los rumores del desastre: "¡Conmigo, veinte!" El camino está lleno de grupos de cobardes: ¡Crook queda atrás vencido! ¡Early lo está anonadando! "¡Vuelvan la cara, hijos!"—"¡Vamos, hijos! ¿quién ha dicho miedo?" Le tiembla al hombre la barba, y al caballo los flancos cubiertos de espuma, cuando acorta bridas en Cedar Creek frente a los cañones: "¿Y Crook?"—"¡Allí!"—A trote largo va a la tienda de Crook. Las granadas revientan junto a la tienda. Oye el parte de pie, descabezando con el látigo las yerbas que le quedan cerca. Balazos parecen las

respuestas de Crook. Vuelan los edecanes cargados de órdenes. Se tiende en el suelo, y habla bajo con su teniente.—"¡Señor!" dice un ayudante que llega a escape; "¡el Diecinueve está cercado!" "¡Ira de Dios!" Se alza de un ímpetu, da un latigazo a la última yerba que queda con cabeza, salta al caballo moro que pidió de fresco, echa a tierra el capote, le abrochan las hombreras de general; y no enfrenó el caballo hasta que tuvo en hilera frente a su tienda las veinticuatro piezas que acababan de ganarle los confederados, hasta que en nubes de polvo se perdían por el valle negruzco sus espantados enemigos.

"¡Valió por mil hombres!" dice uno. ¡Cómo iba a escape, acostado sobre el caballo, de grupo en grupo! ¡Qué vivas, qué vivas los de los soldados!": ¡Viva Sheridan!", y una arremetida. Le lloraba la voz, le lloraba de veras: "¡Hijos, a ellos, que nos quitan la honra!"—"¡Duro, hijos! ¡ésta va a ser la buena!" Y así hasta que los echó en remolino por el valle, dispersos como cuando sorprende a la manada el pánico. "¡Ira de Dios!" dijo al echar pie a tierra, acariciando como si fuera la cabeza de un Felipín, una de las piezas de artillería: este valle se los he de poner de modo que ni un cuervo me pase por aquí si no lleva al lomo las provisiones!".

Y así les puso el valle. Sin raciones para los hombres y sin forraje para los caballos. ¡No volverán por aquí a merodear! ¡Fuego al valle de Shenandoah, a las cosechas, a los establos, a los cortijos que pueda asilarse un rebelde! No vaya a creerse que peleaba el Norte con guante blanco, o saludando hasta el estribo con el sombrero, como cuando se baila a caballo la cuadrilla. "Que no quede nada en pie, manda Grant, que pueda convidar a volver al enemigo: tome para sí el ejército cuanto grano y forraje y bestias necesite; y lo que no pueda tomar para sí, destrúyalo."

Los edificios los mandó proteger Grant; pero Sheridan solió quemarlos: ¡fuego a todo lo que pueda servir de alimento o albergue al enemigo! Y por el valle, y por dondequiera que había tropas, no quedó en pie un trigal que pudiera parir granos para los rebeldes, ni un cercado que pudiera darles sombra. "Inhumano me llaman, porque quiero privar al enemigo de recursos con que seguir la guerra; ¡inhumanos e hipócritas son los que, so pretexto de humanidad, quieren prolongarla! Para hacernos la guerra necesitan dinero: ¿qué escrúpulo es ese que mata a los hombres y no quiere matar el dinero? El modo más generoso de pelear es destruir todos los recursos de guerra del enemigo, sus caballos, sus reses, sus cosechas, sus posadas, sus aperos de labranza. Conque ¿a comer vienen al valle? ¡Pues que coman ceniza!

¡Y así, en un año, con Sherman partiéndolos en dos, Oeste abajo; con Grant amartillándoles el frente; con Sheridan picándoles el riñón en Shenandoah, flacas las bestias hasta el hueso y los hombres hasta el esternón, se acabó la guerra!

Él era como el perro de pelear, que lo que ase no lo suelta, sino con la encía: ¡a bailar se va al baile, y a pelear se viene a la guerra: el general ha de llevar el mapa en los ojos: batalla muy estudiada, es batalla medio perdida: se estudia la mitad, y la otra se improvisa: ¡mi plano es el campo del combate, y mi tintero el estribo!, ¿desmaya la gente, que espera refuerzos, y pasa una locomotora? ¡pues a galope, a decirle al maquinista que pite recio, para que la gente crea que el refuerzo ha llegado!: ¡Pie atrás, jamás, hasta que no esté el sable en el lomo, y no quede para bala ni el último diente del caballo! Del enemigo, siempre cerca, y de la base de operaciones. Dormir, una vez a la semana. Por las buenas si quiere, y si no quiere por el temor, se le saca el informe a la gente enemiga:—conque ¿no sabe, mi amigo, dónde está el río?"—"No, señor."—"¿Y cuánto hace que vive por aquí, mi amigo?"—"Pues toda la vida, señor."—"¡Pues llévenme a este amigo a pie hasta el agua, unas treinta millas de aquí no más, para que conozca bien el río!"

Era hábil en improvisar recursos, y afrontar con planes nuevos los cambios súbitos del enemigo: habituaba al soldado a poner atención en las mayores sencilleces, para que las sorpresas en el aprieto de la pelea le fueran más difíciles: ¡el soldado es mi hijo, decía, el soldado es el que gana las batallas!: "¡llévenme con mucho mimo a la grupa a ese pobrecito herido!" Siempre, mientras duró la campaña, estuvo de bota y látigo, como si los rebeldes fueran a caer sobre su campamento: salía de un ataque, y ya estaba dando órdenes para precaverse de otro: por la comida de su gente era celosísimo, lo mismo que por la de los caballos; y aunque luego, con la fiestas de Washington, se hizo a caldos famosos y salsas superfinas, en la guerra era de tanta sencillez, que cambió un día, después de la embestida de Chattanooga, una codorniz con pan y miel que tenía para

cenar, por unas cuantas ostras y galletas. Era tan mirado en preparar sus planes como veloz en acometerlos; y encontró el mejor modo de hacerse adorar por los soldados, que es no sacrificarlos sin necesidad, y pelear a su cabeza. "¿Sin miedo?" le preguntó Dana, el director del *Sun*, después de Cedar Creek:—"¡Miente el que diga que no tiene miedo! Lo que es a mí me da un miedo del diablo, y si pudiera, me echaría a correr; eso del valor no es más que el poder de la voluntad sobre la mente." ¡Pero bastaba mirar a aquellos ojos, ya bovinos por la vida regalada de sus últimos años, para saber que en aquel pecho, vasto como una caverna, no se apagó jamás la llama! Desvergüenzas, decía más que un español. Era brutal una vez que otra. Pero cuando ofendía en las filas sin razón a un oficial valiente, él, el mayor general, en las filas le iba a pedir perdón, sombrero en mano.

JOSÉ MARTÍ.

La Nación. Buenos Aires, 3 de octubre de 1888.